

A t e n e a

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VIII

Noviembre de 1931

Núm. 81

GOMEZ DE LA SERNA

La obra de Gómez de la Serna es intrascendente. Pero es de las expresiones más abreviadas del mundo moderno. De lo inesperado, de lo inaprensible en las formas usuales. De pronto los espectadores se echan a reír como si acabaran de descubrir un sentido nuevo, en imágenes dislocadas que parecían vivir en lo subconsciente del ser...

Ramón es como un cazador de mariposas. El lo dijo en una de sus conferencias. Cazar las mariposas que están palpitando en la superficie sensible y que el ojo normal no alcanza a aprehender.

Su monocle carece de vidrio, justamente porque es necesario rodear con un aro, para fijarla, esa emoción de las cosas escurridizas. No es que se burle del mundo. Es que su sensibilidad le permite descubrir lo que de más expresivo se esconde en la postura ya esterotipada de los objetos y de los hombres. La greguería es el alfiler y es la mariposa. Es además la imagen sin encono. El encono es como la pared de barro que nos separa de la risa y no nos deja entrar en el secreto de lo jocundo. Un encono

es negación y es doblez. Es armargura. Y es tristeza. Con ello, el mundo de la chanza se aleja, se hace adulto.

Y el arte de Ramón es, en cambio, la niñez para la percepción, la niñez en lo arbitrario.

También entra en este arte el escamoteo del juglar. Hay en Ramón algo del actor y del bufón, pero sin la ingenuidad de éstos. Está más allá de ellos, por la composición, por la seguridad, en la posesión del mundo, por el dominio de los recursos de captación. Aquéllos son reyes en el tinglado o bajo la palpitación de la lona. Este titiritero entra en las cosas, despoja las almas de su cejijunta gravedad, les extrae el minúsculo corazón, imprevisto, en el que late aún voluntad de desenfado y de alegría...

En ocasiones impresiona con la actitud de lo falso. «Bah!—dicen—es un charlatán.....»

Duele que de improviso, nos revelen lo que llevamos escondido. Y es que la greguería, el ramonismo, es como la esencia, el ruido musical del «peón» que gira en color y en extravagancia.

Para este mundo enfermo de trascendencia, de gravedad, Ramón resulta un escamoteador. Y seguramente se da aires de escamoteador, pues a veces lo desarma con inminencia de emoción, con una lluvia de pequeñas y centelleantes imágenes. Se pone encima del chiste y lo deshila, como si no lo fuera.

Sus conferencias han causado aquí un comienzo de estupor. Esta gravedad nuestra, tan erguida, tan engolada, tan de pueblo que ríe entre dientes. Y sin embargo han llenado las salas. Han reído. Han aplaudido. Y esto es la greguería. Descomponer la gravedad. Quitar, una a una, sus piezas herrumbrosas.

Su estética es de intrascendencia. Aspira a enmarcar las cosas fugaces. Esas cosas en que no reparamos porque tenemos otra imagen del mundo.

Pirandello definía el humorismo como un Hermes bifronte: una cara ríe de las lágrimas de la otra. Definición esencial que el maestro ha llevado hasta su más profunda inmersión.

Ramón ha recibido aquí sinceros homenajes. Ha sido aplaudido. Y ha sido aplaudido porque nos ha traído la terapéutica del humor, para desbastarnos de la pesadumbre. Y esto es gran cosa para el tiempo.

D. M.